

MARÍA ZAMBRANO Y EL SABER HUMANÍSTICO QUE DEBE ACOMPAÑAR SIEMPRE A LA FILOSOFÍA

ANTONIO JESÚS MARÍA SÁNCHEZ ORANTOS¹

RESUMEN: Una de las tareas fundamentales que la verdadera filosofía tiene que enfrentar para recuperar su espacio propio entre los saberes humanos es rescatar tanto a la realidad como a la vida humana de las rígidas estructuras conceptuales que ha propuesto un cierto modo de hacer filosofía, el racionalismo/idealismo que siempre, por eso, terminó siendo rigidez moral. Fue la tarea que se propuso Ortega y Gasset bajo el lema: El tema de nuestro tiempo. Y es la tarea que, con su novedosa comprensión de la razón, razón poética, María Zambrano quiere continuar. Porque cuando la filosofía no se hace cargo de la vida humana, ésta, la vida humana, abandona la filosofía y pierde así una de las posibilidades más fundamentales para dar sentido a su vida.

PALABRAS CLAVE: razón; razón poética; nihilismo; idealismo; metafísica; estética; filosofía española; vida; vida humana; sentido.

María Zambrano and Humanistic Knowledge that Must Always Accompany Philosophy

ABSTRACT: One of the fundamental tasks that true philosophy has to face in order to recover its own space among human knowledge is to rescue both reality and human life from the rigid conceptual structures proposed by a certain way of doing philosophy, rationalism/idealism, which always, for that reason, ended up being moral rigidity. This was the task that Ortega y Gasset set himself under the slogan: The theme of our time. And it is the task that, with her new understanding of reason, poetic reason, María Zambrano wants to continue. Because when philosophy does not take charge of human life, human life abandons philosophy and thus loses one of the most fundamental possibilities of giving meaning to its life.

KEY WORDS: reason; poetic reason; nihilism; idealism; metaphysics; aesthetics; Spanish philosophy; life; human life; meaning.

¹ Universidad Pontificia Comillas. Correo electrónico: asanchez@comillas.edu.

Cuando la sabiduría filosófica se especializa, tanto en su lenguaje como en sus temas, pierde la capacidad de iluminar las entrañas humanas, esa intimidad humana tan necesitada de cuidado.

Esta verdad conocida desde tiempos muy antiguos y olvidada tanto por la filosofía de la modernidad (exceso de racionalismo) como, también, a veces, en la actual tarea que se realiza en muchas de las aulas universitarias (exceso de evidencia: positivismo/pragmatismo), ha sido defendida siempre con humilde tenacidad por Isabel Romero. Con humildad, sin levantar la voz, pero con tenacidad, sin nunca renunciar a su verdad siempre y en todos los espacios vitales y académicos donde se abría la discusión: sin la luz que ofrecen las humanidades –afirmará una y otra vez–, encarnada en las grandes creaciones artísticas y, en su caso, en la literatura y el cine (sus dos grandes especialidades), la filosofía pierde su verdadero vigor, deja de ser fuente de sentido para la vida humana, se convierte en un saber diletante incapaz de mostrar caminos de esperanza a la vida humana.

Siempre agradeceré su magisterio, humilde y tenaz. Siempre agradeceré que nuestras vidas se hayan encontrado. Y sirva este artículo, que también trata de una gran mujer que amó la creación artística, María Zambrano, no solo como humilde homenaje, sino como encarnación de mi agradecimiento.

En el diálogo platónico *Teeteto* (174 a) se propone el choque de dos mundos, o mejor, de dos maneras de estar en el mundo: el del filósofo (teórico) y el del ser humano corriente (vida cotidiana), representado, precisamente, por una mujer, que es además sirvienta. La tremenda tensión que se establece entre ambos –que se consideran insensatos mutuamente– termina en la burla con la que la sirvienta acentúa el efecto ridículo del tremendo contraste. Se subraya, así, burlonamente –y quizá esta burla siempre ha acompañado a la tarea filosófica y más en la cultura actual–, la distancia existente entre el mundo ideal del filósofo y la realidad de la vida, ese mundo de la vida que por su radical realismo es muchas veces olvidado o quizá, incluso, rechazado por el afán teórico, precisamente, por su peso real. Y conviene que la sabiduría filosófica, sin prejuicios, abra, de vez en cuando, la pregunta por quién tiene razón, si el filósofo o la sirvienta, para no caer en la esterilidad, en el alejamiento de las obligaciones comunes, en el extrañamiento de la vida humana.

Pues bien, María Zambrano asume el desafío lanzado, se apodera de la pregunta formulada, afirmando con rotundidad que la risa, incluso la sensación de imbecilidad, de idiotez (idiota en griego: *idios*, aquel que no se ocupa de intereses público) que suele provocar el pensador, no solo no debe ser sometida al rechazo inmisericorde del filósofo, sino que debe ser hospedada, evidentemente, no para aniquilar el pensamiento, sino para resituarlo y que su resultado sea auténtica sabiduría humana. La influencia del pensamiento nietzscheano es clara: la risa expresa la experiencia ante un pensar que

solo es revelación de la nada, nihilismo ontológico del ser y del lenguaje que impide la vida humana. El reír, el gozar, es la prerrogativa del espíritu libre que desea abrirse a un verdadero conocimiento (Nietzsche, 1999, pp. 253-254). No, por tanto, nihilismo reactivo, sino nihilismo que se vuelve contra sí mismo para ir más allá de sí mismo y procurar un saber que posibilite la transmutación de la vida humana (*übermensch*). Quizá la risa, el gozo, pueda permitir que el ser humano, el único animal que ríe, deje de ser un manojo de instintos e inicie un verdadero camino salvífico.

Porque para ambos, Nietzsche y Zambrano, una de las tareas fundamentales que la verdadera filosofía tiene que enfrentar es rescatar tanto a la realidad como a la vida humana de las rígidas estructuras conceptuales que ha propuesto la filosofía primera, la metafísica, que siempre, por eso, terminó siendo rigidez moral. La realidad y la vida humana pierden su verdadero ser cuando están «sometidas, dirá Zambrano, como esclavos a quienes está vedado dejar salir de su interior la voz de la alegría, obligados a mostrar su ser solamente bajo un rostro, el de la servidumbre»; y solo pueden recuperarse cuando a través de la creación artística (poésis: poesía, cualidad de la acción de hacer, de convertir pensamiento en materia) «las cosas danzan en libertad, tiempo de la metamorfosis y de la danza, tiempo de la gloria de Dios.» (Zambrano, 1987, p. 32)

No se trata, por tanto, de negar la filosofía primera, la metafísica, pues ambos, aunque su propuesta sea muy divergente, proponen una potente metafísica. Sí, y a pesar de su divergencia en esto coinciden, de obligar a la filosofía primera, metafísica, a dejar de ser una sabiduría que enseñe a morir (platonismo para el pueblo), en cuanto constante invitación a abandonar o a no valorar con suficiencia el mundo real, la vida concreta, ofreciendo transmundos ilusorios de aparente felicidad (nihilismo); y a empezar a ser un saber que enseñe a vivir, que responda al hambre de vida que habita en el corazón humano. La filosofía primera, la metafísica, debe ser un saber que tiene que habitar entre la gente, que tiene que compartir la suerte con el ser humano de carne y hueso, que tiene que modelar sus propuestas con la densa sombra de los problemas humanos. Incluso, María Zambrano, cuando bucea en la mística, la experiencia más alta de Dios –y marcamos, así, la máxima divergencia con la propuesta nietzscheana– dejará escrito para subrayar esta ansia de encuentro con la luz (verdad) en la vida cotidiana:

(el vivir humano, enamorado de la vida) primeramente en su actitud más ingenua, no se hará problema de su relación con la realidad que le enamora; después de que el inevitable fracaso de toda vida haya surgido, cuando haya aparecido, aunque sea no más que la conciencia de vivir embebido en su puro arrobamiento aparecerá entonces el problema de su relación con esa realidad. Mas entonces no

pide liberarse de ella, sino tenerla de alguna otra manera... (Tal vez sea esta) La raíz de la mística española tan diferente de la mística alemana, a la que hay que considerar como prototipo de la mística europea. La mística alemana predecesora de la Reforma protestante, parte de la soledad absoluta del hombre frente a la tiránica voluntad divina, es mística asentada en el esfuerzo angustioso por consolidar la existencia, es mística de náufragos, de agonizantes que se agarran a la indescifrable potencia de Dios; en esa mística no aparece como en la nuestra la misericordia; ni tampoco la presencia maravillosa del mundo y sus criaturas, como en San Juan de la Cruz. Ni la carne, con su palpar la materia misma de las cosas consideradas maternamente como en Santa Teresa. El místico norteño es un hombre solo, que en su absoluta soledad no es ni padre ni hijo, ni tal vez hermano, está más cerca de la angustiada filosofía idealista que tiene en ellos con toda seguridad, su raíz. (Zambrano, 2004, pp. 136-137)

Pues bien, para renovar el quehacer de la filosofía primera, metafísica, Zambrano exige que la razón escuche críticamente al mundo afectivo humano, a la radical pasividad de la vida humana, porque es ahí donde la vida ofrece «signos», «señales», fundamento de toda verdad práctica, que emiten luz suficiente para que el ser humano configure su quehacer con verdad. Es el mundo sentimental humano que, valorando inevitablemente los hechos, ofrece a la libertad los deberes que debe encarnar con prudencia, racionalmente, en la circunstancia. Atención, pues, a un mundo pre-teórico, anterior a todo pensar (nunca resultado suyo), donado en la profundidad de la interioridad humana: el «corazón», al que la razón, si quiere estar al servicio de la vida, debe escuchar sin recelo alguno para proponer esos deberes que exigen ser encarnados por la libertad. Cuando esta afectividad radical es aceptada sin prejuicios, «mirada» con mirar purificado, siempre desvela la radical inquietud, por carencia de plenitud, del hombre de carne y hueso. Es decir, descubre la vida humana como «estado intermedio» entre la plenitud no alcanzada, vislumbrada a distancia, y su posible fracaso –la «llaga»: la más profunda «herida abierta» en la vida humana–. Congoja santa, pues de ella brotará el anhelo, la esperanza, el hambre de vida nueva. Iluminar esta congoja santa es la tarea que Zambrano impone a la razón metafísica que, por eso, la llama «razón poética», porque es en la experiencia estética, que se plasma en la obra de arte, donde dicha congoja se expresa con radicalidad y plenitud.

Para nuestra pensadora cuando el pensamiento rompe «la comunicación con el suelo, que retiene (tentación) pero también sustenta» (Zambrano, 1996, p. 228)², la vida se pierde, se vuelve estéril, pierde la llamada de su

² Donde también se puede leer: De origen vivamente racionalista, esta idea del progreso llenó al buen hombre del pasado siglo de tosca alegría. Por ella tuvo el

radical inquietud, su capacidad de trascendencia, de ir siempre más allá. Y así, puede ser descubierta la alternativa a esa propuesta filosófica racionalista/idealista, que impide tanto la inmersión en el cosmos como en la vida –recordemos que este problema fue llamado por Ortega, maestro de nuestra pensadora, el *tema de nuestro tiempo*–. Se trata de atender, con atención crítica, al sentimiento, «la placenta del hombre con el mundo; y al mismo tiempo que sujeción, cable de la energía y de la gracia, zona segura y tierra firme que hace posible la libertad.» (Zambrano, 1196, p. 232)

La vida afectiva, el fundamento de la identidad del ser personal, lo que nos constituye como únicos, originales e irrepetibles, porque nadie siente como yo, ha sentido como yo, ni sentirá como yo, supone un «centro», «corazón», que siempre se experimenta insatisfecho: «vacío, y el primer vacío, es, por decirlo así, el vacío de nuestro corazón.» (Scheler, 2000, p. 14) Son palabras de Scheler, que resuenan con fuerza en nuestra pensadora; pero, también, es fácil remitirse a la propuesta orteguiana (Ortega, siempre acompañando a Zambrano como el gran maestro que no puede ser olvidado) que presenta la experiencia de realidad como resistencia y al ser humano como anhelo y proyecto que emana de ese fondo de soledad que es su interioridad más íntima. El hombre, ser en proceso, que en la realidad sufre, padece, su anhelo de trascenderse.

Pero si la tradición filosófica occidental no ha sabido atender a los profundos anhelos de ese corazón humano –aunque exista una noble excepción, nunca bien considerada por el exceso de racionalidad de la considerada por algunos *buena y gran filosofía*, que iniciándose en San Agustín, y pasando por Pascal, culmina en Kierkegaard³–, debemos acudir a otra fuente donde dichos anhelos hayan sido recogidos. Ahora aparece el magisterio de Unamuno, presente en toda la tradición filosófica posterior; y, también, el deseo del esfuerzo humilde y tenaz de Isabel. Porque, como se ha dicho, es en las obras de arte, en la experiencia estética expresada, donde dichos anhelos se hacen presentes. La advertencia unamuniana referida a la novela es clara:

¿Qué importa lo que Cervantes quiso o no quiso poner allí (el *Quijote*) y lo que realmente puso? Lo vivo es lo que yo allí descubro, pusiéralo o no Cervantes, lo que yo allí pongo y sobrepongo y sotopongo, y lo que ponemos allí todos. Qui-se allí rastrear nuestra filosofía. Pues abrigo cada vez más la convicción de que

ingenuo gozo de haber derribado las barreras, de haberse evadido de una cárcel, y pensó que la historia empezaba. La Humanidad se sintió otra vez niña, más aún: recién nacida. Mas pronto acabó en estéril, como sucede a toda planta que rompe la comunicación con el suelo que la retenía, sí, pero que la sustentaba.

³ Zambrano siempre abogará por la *Confesión* como el modo más genuino de plantear con radicalidad los problemas de la sabiduría filosófica.

nuestra filosofía, la filosofía española, esta líquida y difusa en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística, sobre todo, y no en sistemas filosóficos. Es concreta. ¿Y es que acaso no hay en Goethe, verbigracia, tanta o más filosofía que en Hegel? Las coplas de Jorge Manrique, *el Romancero*, *el Quijote*, *La vida es sueño*, *la Subida al Monte Carmelo*, implican una intuición del mundo y un concepto de la vida *Weltanschauung und Lebensansicht*. Filosofía esta nuestra que era difícil de formularse en esa segunda mitad del siglo XIX, época a afilósfica, positivista, tecnicista, de pura historia y de ciencias naturales, época en el fondo materialista y pesimista. (Unamuno, 2007, pp. 312-313)

Y Zambrano confirma, acepta esta gran intuición y propone el gran sentimiento que define al corazón humano: el «*ordo amoris*» agustiniano y, también, scheleriano:

Si Cervantes hubiese hecho filosofía partiendo del fracaso de Don Quijote, si hubiese adoptado una actitud reformista para encontrar las bases de un nuevo conocimiento sistematizado, hubiese hallado las bases humanas de una nueva convivencia, un sentido del prójimo ausente por completo en la cultura europea, más ausente a medida que avanzaba el idealismo. La soledad esencial sobre la que se funda el idealismo es en Don Quijote profunda, esencial convivencia; allí donde está su voluntad, allí está el *otro*, el hombre igual a él, su hermano por quien hace y arremete contra todo. El prójimo no es algo que sobreviene a la soledad del hombre, en nuestro Don Quijote, sino que en su misma melancólica soledad esta esencialmente el prójimo; cuanto más solo y lejos de los hombres, más unido y entregado por su voluntad a ellos. (Zambrano, 1986, pp. 97-98)

Nuestra pensadora propone, pues, con gran fuerza y belleza, que la inmersión en la experiencia estética (proyecto claramente heredado de la intuición romántica) permitiría la formulación crítica del camino (método) que posibilita la verdadera salida del nihilismo, sabiduría de muerte, provocado por el racionalismo/idealismo moderno. Y está convencida de que la cultura española encierra esa gran posibilidad, porque:

España no produce sistemas filosóficos; entre nuestras maravillosas catedrales, ninguna de conceptos; entre tanto formidable castillo de nuestra Castilla, ninguno de pensamientos. No es genio arquitectónico lo que nos falta, no es poder de construcción, de congregar materiales y someterlos a la violencia de un orden. En el terreno del poder también supimos y pudimos –bien que ello entrañe nuestra más grande tragedia– levantar un estado, que es orden y violencia. Solamente en el terreno del pensamiento, la violencia y el orden no fueron aplicados; solamente en el saber renunciamos o no tuvimos nunca este ímpetu de construir grandes conjuntos sometidos a unidad. Podríamos decir que en cuanto al pensamiento fuimos anárquicos, si por anárquico se entiende simplemente lo que la palabra manifiesta: sin poder, sin sometimiento. (Zambrano, 2004, p. 111)

La filosofía racionalista/idealista, que siempre estará enraizada en la propuesta del gran Parménides, derrota, expulsa del pensamiento la poesía y la tragedia, el arte, la experiencia estética, la vida sentimental, los deseos del corazón. Por eso surge una moral ascética que condena la vida para salvar «la gran unidad», el «gran orden», la «totalidad total», que quiebra toda singularidad, que quiebra todo camino de libertad personal.

Toda filosofía es polémica, lo que triunfó con Parménides triunfó frente a algo. Triunfó conquistándose la realidad indefinida definiéndola como ser; ser que es unidad, identidad, inmutabilidad residente más allá de las apariencias contradictorias del mundo sensible del movimiento; ser captable únicamente por una mirada intelectual llamada noein y que es idea. Ser ideal, verdadero, en contraposición a la fluyente, movediza, confusa y dispersa heterogeneidad que es el encuentro primero de toda vida. (Zambrano, 2004, p. 101)

¿Curación, consuelo o remedio? Quizá..., pero, sobre todo, olvido del Misterio. Y la vida humana, sin «escarbar» en él, se va quedando sin aliento. Soberbia de la razón, ideológicamente escondida bajo la pretensión de teoría, es decir, de actitud aparentemente desinteresada, porque, radicalmente, desea ese dominio, ese poder, que ni hospeda, ni quiere hospedar nada diferente de sí misma. Inhospitalidad extrema y, por eso, su resultado es la extrema orfandad.

Pero la vida con su «voz» revela y, por eso, se rebela ante tanta ascética y ante tanta soberbia. El último período del pensamiento europeo puede denominarse la rebelión de la vida. Se trata de recuperar frente al racionalismo/idealismo, frente a la considerada por algunos *la gran y pura filosofía*

... La irracionalidad profunda de la vida que es su temporalidad y su individualidad, el que la vida se da en personas singulares, inconfundibles e incanjeables, es el punto de partida dramático de la actual filosofía, que ha renunciado así, humildemente, a su imperialismo racionalista. (Zambrano, 2004, pp. 109-110)

Sin embargo, contra Nietzsche y su lectura heideggeriana, y, por eso, contra todo exceso existencialista, «nada más infecundo que la rebeldía, aquella que mantiene al hombre suelto, ensimismado, sin hondura; confinado, en la miseria del aislamiento, que algunos se obstinan en llamar libertad o independencia; que algunos otros llegan hasta a llamar poderío, pero que es solo miseria» (Zambrano, 2004, p. 110). Dos extremos, la soberbia de la razón y la soberbia del irracionalismo, bajo la excusa de absoluta libertad, tendrá, pues, que evitar esa llamada razón poética:

constituir el más fecundo saber de nuestros días, aquel que advierta al hombre, que le guíe y sobre todo: que le enamore y o le reenamore... (Porque) el nuevo saber fecundo sólo lo será si brota de unas entrañas enamoradas. (Porque) sólo

así será todo lo que el saber tiene que ser: apaciguamiento y afán, satisfacción, confianza y comunicación efectiva de una verdad que nos haga de nuevo comunes, participantes; iguales y hermanos. Sólo así el mundo será habitable. La Filosofía ha dado paso a la revelación de la vida y con ella a la historia, la historia llama a la poesía. Y así este saber será poético, filosófico e histórico. Estará de nuevo sumergido en la vida y quién sabe si haciéndonos posible liberarnos de ella. (Zambrano, 2004, p. 110)

Es decir, la experiencia estética, esa que se encarna en las grandes obras de arte, esa que se encarna, entre otros modos, en la literatura y en el cine, se exige para el estricto quehacer crítico de la filosofía, porque la experiencia estética encarnada en sus obras expresa aquello que la vida humana siente; pero necesita de la sabiduría filosófica para entender el por qué, apertura al Misterio, de esta vida sentimental. Aquí reside la grandeza del magisterio unamuniano, la belleza de la razón poética de Zambrano y, también, para mí, como ya he afirmado, el tenaz y humilde magisterio Isabel:

Con estas ideas previas quizá podamos ya atrevernos a algo que muchos han estado tocando con la punta de los dedos y no llegaron a hacer. Estaban condenados a ser fragmentos, estaban destinados a crecer dentro de unas tapias sin encontrarse con su complementario: El poeta que siente la filosofía como última perspectiva de su poesía; el filósofo que no se conforma con usar de la razón, que no se resigna a renunciar a la belleza; el historiador que se sentía penetrado por el tedio de las citas, de la mezquindad del hecho. (Zambrano, 2004, p. 114)

Y concluimos. No hay espacio para más. La filosofía moderna obliga a afirmar que su quehacer no sólo es fruto de la admiración, sino también de la violencia y, por eso, esta última está tan presente en la historia de Occidente (recordemos que la propuesta de Zambrano se construye bajo el vislumbre de la guerra civil española y su consiguiente resultado: la derrota de la República; para, después, seguir desarrollándose en la tremenda barbarie de la II guerra mundial).

Admiración y violencia. De esta rara conjunción se ha engendrado la filosofía, tan mixta, por ello, tan poco pura como haya podido serlo el amor a través de las palabras de Diótima a Sócrates. Si el amor es hijo de la pobreza y la riqueza, de la esplendidez y la miseria, la Filosofía es hija a su vez, de dos contrarios: admiración y violencia. La primera nos mantiene apegados a las cosas, a las criaturas, sin podernos desprendernos de ella, en un éxtasis en que la vida queda suspendida y encantada. De ella sola no podría derivar algo tan viril y activo, como el pensamiento inquiridor, como el pensamiento desvelador. Hace falta que intervenga algo más: la violencia, para que surja algo que se atreve a levantar, a rasgar los velos en que aparecen encubiertas las cosas. ¿Y de dónde sale esa violencia? ¿Qué quiere esa violencia? (Zambrano, 2004, pp. 120-121)

Y el arte, la encarnación visible de la experiencia estética, su apego a las posibilidades encerradas en la materia (realismo), es un «modo de existencia», un «estilo de vida», que consiste, por el contrario, en amar fraternalmente cada singular concreto sin esa violencia filosófica que es incapaz de considerar tanto la temporalidad, como la individualidad.

Y eso explica que un ser que tanto anhela la independencia, tan poco se afane y se plantee la libertad. Porque la libertad jamás ha sido planteada por ningún amante con respecto al objeto de su amor; el amante solo piensa en la libertad y se afana por ella cuando algún obstáculo se interpone entre el objeto que le enamora y él. No es el problema intrínseco del amor, la libertad, porque enamorarse es forjar cadenas, es estar y vivir encadenado sin dolor, con gozo y plenitud en este encadenamiento. Quien mira al mundo como enamorado, jamás querrá separarse de él, ni cultivar las barreras que le separan ni las distinciones que le distinguen. Sólo buscará embeberse más y más. (Zambrano, 2004, p. 130)

Apego a lo «real», exaltación de lo táctil, de lo sensible, del sentimiento, de tal forma que aparece como imposible una actitud puramente teórica, desinteresada, una «mirada» que no modifique el modo de vida de quien contempla. Lo que aquí se juega es el sentido, la significación, la preponderancia que adquiere cada cosa singular. Enamoramiento, pues, no de la totalidad natural, sino de la belleza de cada realidad singular por insignificante que sea. Desde esta visión se fundamenta la compasión hacia todo lo creado; rechazo, pues, de todo panteísmo. También se deja de lado cualquier utopía histórica totalizadora, que pretenda suprimir la vida singular en nombre de un final indubitablemente sabido.

Pero en este profundo sentimiento estético siempre dominará una radical melancolía. ¿En qué consiste esta melancolía? Adviértase que la pregunta no es, sin más, un problema, puesto que no quiere una respuesta que anule dicho sentimiento radical. ¿Se trata, entonces, de una vivencia radical, de una forma de sentir la vida que obliga a configurarla desde ella? En definitiva, ¿es un sentimiento superable o un sentimiento con el que necesariamente hay que contar y que exige ser clarificado en su sentido para abrir caminos autenticidad? Y Zambrano nos advierte sobre dos falsos caminos de sentido:

No es la melancolía un problema sino una forma de sentir la vida, de sentirla ante todo como tiempo irreversible; es sentir cada uno de los momentos de que el tiempo está compuesto. Una manera de sentir la vida como bien fugitivo, ante todo, como corriente de instantes que van hacia su fin. “Nuestras vidas son los ríos” ... esto es lo que primariamente siente el español, lo que siente; “que van a dar a la mar que es el morir” es ya lo que piensa. La primera idea a la que el español se siente abocado en su sentimiento de la vida como temporalidad es, sin duda, la de la muerte como término, como remanso en que la corriente del

tiempo desemboca haciéndose tiempo compacto. Y este sentimiento así, que se transforma en consideración y meditación, solo puede llevar a dos maneras de agotar la vida: o entregarse al momento, a cada uno de ellos elevándolos a gozosísima plenitud... Ganar la vida en su dispersión ganando cada uno de los instantes, tal don Juan Tenorio y tal el pícaro también, o en dejar pasar los momentos en su diversidad en espera de recogerlos todos cuando ya no pasen, cuando ya no se nos vayan de entre las manos como el agua entre un cesto de juncos; tal es el místico. (Zambrano, 2004, p. 147)

Y la razón poética querrá situarse, al menos en su pretensión, entre estos dos extremos: 1) Vivir plenamente cada uno de los momentos de la vida (el Don Juan kikergaardiano: esteticismo); 2) Vivir la tremenda «paradoja» de la presencia de lo eterno en lo temporal (sentimiento trágico Unamuniano: hambre de inmortalidad). Porque estos dos extremos niegan la posibilidad de que en el devenir histórico se haga realmente presente la llamada que surge de la santa belleza de lo eterno. Ahora resuena con fuerza en el pensamiento de Zambrano la propuesta de Machado: «En el principio era el logos. Sí, pero... el logos se hizo carne y habitó entre nosotros, lleno de gracia y verdad» (Zambrano, 2006, p. 251).

Y se descubre la raíz de esa profunda melancolía: es el fracaso que experimentan aquellos caminos de sentido que pretenden alcanzar la plenitud vislumbrada a distancia sin la experiencia de gratuidad, por esfuerzo prometeico. En definitiva, las falaces salidas ante esta experiencia de fracaso siempre estarán acechando, ofreciéndose a escondidas como sabiduría aparente: «huida mística» a un trasmundo atemporal o la frivolidad de don Juan. Y ambas abocan al «cinismo nihilista», que no coincide con la auténtica sabiduría cínica, por cuanto ésta propone la exigencia crítica de la ironía, esa «alegre risotada» que permite iniciar a la vida humana su andadura hacia la verdad.

El conocimiento poético se logra por un esfuerzo al que sale a mitad de camino una desconocida presencia, a mitad de camino porque el afán que busca esa presencia jamás se encontró en soledad, en esa soledad angustiada que tiene quien ambiciosamente se separó de la realidad. A ese difícilmente la realidad volverá a entregársele. Pero a quien prefirió la pobreza del entendimiento, a quien renuncia a toda vanidad y no se ahínco soberbiamente en llegar a poseer por la fuerza lo que es inagotable, la realidad le sale al encuentro y su verdad no será nunca verdad conquistada, verdad raptada, violada; no es *alezeia* (sic!), sino revelación graciosa y gratuita: razón poética. (Zambrano, 2004, p. 149)

Y descubrimos, así, la última donación que nos ofrece la verdadera experiencia estética: la gratuidad de la obra arte. Gratuidad que si se contempla con ojos limpios, abre a la vida humana a la búsqueda de una Gratuidad

Radical que ilumine sus nostalgias para que no acaben o en el fracaso don juanesco o en el misticismo que huye del mundo.

La experiencia estética, la obra arte, nostalgia de una plenitud que impide en su encarnación material la huida a transmundos ilusorios y que provoca, por eso, la búsqueda de la experiencia radical de la gratuidad en la vida cotidiana. Y esta tremenda verdad está encerrada en las llamadas humanidades, esas obras humanas que con su belleza artística material dan sentido a la nostalgia de un futuro verdadero, bello y bueno al anticipar en el tiempo histórico la gran verdad de lo eterno para que pueda ser vivida en el aquí y en el ahora de la cotidianeidad.

Gracias, Isabel Romero, por tu tenaz y humilde magisterio. Y ojalá que las humanidades acompañen siempre la vocación que está detrás de toda buena filosofía: ofrecer caminos de vida auténtica al ser humano.

REFERENCIAS

- Nietzsche, F. (1999). *Aurora*. Barcelona: Editorial Alba. (cf. también, ibid. (1998) *La gaya ciencia*. Madrid, Editorial Akal, 58).
- Scheler, M. (2000). *El puesto del hombre en el cosmos*. Barcelona: Editorial Alba.
- Zambrano, M. (1986) *Senderos*. Barcelona: Anthropos,
- Zambrano, M. (1987). *Revista de documentación científica de la cultura*, Suplemento nº 2, Barcelona, marzo-abril, 32.
- Zambrano, M. (1996). *Horizonte del liberalismo*, Madrid: Morata.
- Zambrano, M. (2004). *Pensamiento y poesía en la vida española*. Madrid: Biblioteca Nueva (el añadido entre paréntesis es mío).
- Zambrano, M. (2006). *Filosofía y poesía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Unamuno, M. (2007). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Austral.